

Para una crítica de la violencia

y otros ensayos



Iluminaciones IV

Walter Benjamin



TAURUS

WALTER BENJAMIN

PARA UNA CRÍTICA
DE LA VIOLENCIA
Y OTROS ENSAYOS

Iluminaciones IV

Introducción y selección de Eduardo Subirats

Traducción de Roberto Blatt

taurus



Título original: *Essayauswahl (Iluminaciones IV)*
Aus «*Gesammelte Schriften*» Band 2 und 3
© 1972, 1977, Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main
© 1991, 1998, Grupo Santillana de Ediciones, S. A.
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 92 24
www.taurus.santillana.es

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.
Beazley, 3860. 1437 Buenos Aires
• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A. de C. V.
Avda. Universidad, 767, Col. del Valle,
México, D.F. C. P. 03100
• Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.
Calle 80, n.º 10-23
Teléfono: 635 12 00
Santafé de Bogotá, Colombia

Primera edición: octubre de 1998
Segunda edición: mayo de 1999
Tercera edición: octubre de 2001

© De la traducción, Roberto J. Blatt Weinstein, 1991
© De la introducción, Eduardo Subirats, 1991
Diseño de cubierta: TAU Diseño
Fotografía: © Cover

ISBN: 84-306-0318-2
Dep. Legal: M-39.993-2001
Printed in Spain - Impreso en España

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser
reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en o transmitida por,
un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma
ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético,
electroóptico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo
por escrito de la editorial.

Índice

INTRODUCCIÓN, por Eduardo Subirats	9
PARA UNA CRÍTICA DE LA VIOLENCIA	23
TEORÍAS DEL FASCISMO ALEMÁN	47
SOBRE EL LENGUAJE EN GENERAL Y SOBRE EL LENGUAJE DE LOS HUMANOS	59
SOBRE EL PROGRAMA DE LA FILOSOFÍA VENIDERA	75
LA ENSEÑANZA DE LO SEMEJANTE	85
DOS POEMAS DE HÖLDERLIN	91
EL NARRADOR	111
FRANZ KAFKA	135

tuirá previsiblemente el concepto trascendental lógico más elevado, y estará quizá capacitado para fundar por sí sólo la esfera del conocimiento más allá de la terminología de sujeto y objeto. Ya en su versión kantiana, la dialéctica trascendental nos orientaba hacia las ideas en que se basa la unidad de la experiencia. Pero para el concepto profundizado de experiencia, la continuidad es lo más imprescindible después de la unidad. Y en las ideas deben evidenciarse los fundamentos de unidad y continuidad de una experiencia metafísica y no meramente vulgar o científica. Deberá comprobarse la convergencia de las ideas hacia el concepto supremo de conocimiento.

La filosofía moderna, como otrora sucedió con la kantiana, deberá definirse como ciencia que busca sus propios principios constitutivos. La gran corrección a emprender sobre la experiencia unilateral matemático-mecánica, sólo puede realizarse mediante la referencia del conocimiento al lenguaje, como ya Hamann lo intentara en tiempos de Kant. Por encima de la conciencia de que el conocimiento filosófico es absolutamente determinado y apriorístico, por encima de la conciencia de los sectores de la filosofía de igual extracción que las matemáticas, está para Kant el hecho de que el conocimiento filosófico encuentra su única expresión en el lenguaje y no en fórmulas o números. Y este hecho viene a ser decisivo para afirmar en última instancia la supremacía de la filosofía por sobre todas las ciencias, incluidas las matemáticas. El concepto resultante de la reflexión sobre la entidad lingüística del conocimiento creará un correspondiente concepto de experiencia, que convocará además ámbitos cuyo verdadero ordenamiento sistemático Kant no logró establecer. Y la religión es el de mayor envergadura entre estos últimos. Ahora podemos, finalmente, formular las exigencias a la filosofía venidera con las siguientes palabras: Crear sobre la base del sistema kantiano un concepto de conocimiento que corresponda a una experiencia para la cual el conocimiento sirve como doctrina. Tal filosofía se constituiría, a partir de sus componentes generales, de por sí en teología, o presidiría sobre dicha teología en caso de contener elementos histórico-filosóficos.

La experiencia es la pluralidad unitaria y continua del conocimiento.

La enseñanza de lo semejante *

La penetración en los dominios de lo «semejante» tiene una importancia fundamental para el esclarecimiento de amplios sectores del conocimiento oculto. El premio no será tanto el hallazgo de afinidades, como la reproducción de procesos que las generan. La naturaleza genera semejanzas; basta pensar en la mímica. No obstante, el hombre es quien posee la suprema capacidad de producirlas. Probablemente ninguna de las más altas funciones humanas está exenta del factor determinante jugado por la facultad mimética. Pero esta facultad tiene una historia, tanto desde el punto de vista filogenético como ontogenético. En última instancia, su escuela es el juego. En efecto, los juegos infantiles están repletos de actitudes miméticas sin que éstas se reduzcan a las imitaciones que un hombre hace de otro. El niño juega a ser comerciante o maestro, pero también molino de viento y tren. La pregunta que se impone es: ¿de qué le sirve este adiestramiento del comportamiento mimético?

La respuesta presupone un claro conocimiento de la significación filogenética del comportamiento mimético. Y para medirlo, no basta pensar en lo que hoy concebimos como concepto de semejanza. Es sabido que el dominio vital que antaño se rige por normas de semejanza, llegó a ser mucho más extenso que en la actualidad. Entre otras muchas nociones, la experiencia de lo semejante a lo largo de la historia dio con el micro y macro-cosmos. Incluso nosotros podemos aún afirmar que los casos en los cuales las similitudes son aparentes en nuestra vida cotidiana, representan un ínfimo porcentaje de los casos determinados por semejanzas inconscientes. Los parecidos conscientemente percibidos, de los rostros, por ejemplo, son comparados

* *Lehre vom Ähnlichen*, escrito en 1933.

con afinidades inconscientes o totalmente desapercibidas, tal como se compara el imponente bloque sumergido del iceberg con el pequeño pico que se deja ver desde la superficie.

Estas correspondencias naturales obtienen, sin embargo, una significación decisiva sólo cuando se reconoce en ellas el rol preponderantemente estimulador y conjurador de la mencionada facultad mimética, merced a la cual esas correspondencias son resueltas en el contexto humano. Mas no debe olvidarse que tanto las fuerzas miméticas como los objetos miméticos se transforman con el pasaje del tiempo. La fuerza mimética, y por consiguiente la resultante capacidad de reconocimiento mimético, fue decreciendo en ciertos campos a lo largo de los siglos, probablemente para volcarse en otros. Quizá no sea demasiado osado entrever una dirección unitaria de la evolución histórica de dicha facultad mimética. Y a primera vista, esta dirección se resumiría en un progresivo decaimiento de la facultad mimética. Pareciera que el mundo tomado en cuenta por el hombre moderno, depende mucho menos de aquellas correspondencias mágicas que el mundo antiguo o aun el primitivo. Cabe entonces preguntarse si se trata de la agonía de la facultad mimética o si tuvo lugar una transformación. Y la dirección a la que apunta dicha transformación podría, aunque indirectamente, deducirse de la astrología. Una vez dedicados a la investigación de las antiguas tradiciones, debemos tomar en cuenta qué configuraciones manifiestas de objetos de carácter mimético han subsistido ahí donde nosotros somos ya incapaces siquiera de intuirlos. Valgan las constelaciones estelares como ejemplo.

Para captar esto, se requiere antes que nada, la capacidad para concebir el horóscopo como unidad originaria, analizada por la interpretación astrológica. (La constelación estelar expresa una unidad característica, por lo que la índole de los planetas individuales se reconoce de acuerdo a sus respectivos efectos sobre la constelación.) Básicamente, hay que asumir que los fenómenos celestes ofrecieron modelos imitables a nuestros predecesores, tanto individuos como colectividades. Y esta imitabilidad contenía las instrucciones de manipulación de un tipo de afinidad dada. La única instancia que concede un carácter experiencial a la astrología se entrevé precisamente en estas imitaciones producidas por los hombres, o mejor dicho por su facultad mimética. Pero si el genio mimético fue una fuerza determinante en la vida de los antiguos, no hay más remedio que atribuirle al recién nacido la plena posesión de ese don, y por sobre todas las cosas,

su consumada integración en la figuración del ser cósmico.

Pero el instante decisivo de este nacimiento es un Nu. Esto desvía la mirada hacia otra particularidad del ámbito de lo afin. La percepción de lo similar está siempre ligada a un reconocimiento centelleante. Se esfuma para ser quizá luego recuperada, pero no se deja fijar como sucede con otras percepciones. Se ofrece tan fugaz y pasajero a la mirada como las propias constelaciones. Pareciera ser que la percepción de la semejanza está amarrada a un momento del tiempo. Es como la llegada imprevista del tercero, el astrólogo, a la conjunción de dos astros que busca ser aprehendida en un instante. De no ser así el *astrólogo* vería frustrados sus esfuerzos y de nada serviría la máxima exactitud de sus instrumentos de observación.

La alusión a la astrología podría ser suficiente para facilitar la comprensión del concepto de semejanza extra sensible. Es obvio que se trata de un concepto relativo: indica que entre nuestras percepciones ya no poseemos aquello que permitiera en el pasado hablar de una afinidad entre constelaciones estelares y un hombre. Poseemos, no obstante, un canon que permite echar luz sobre la oscura morada de la semejanza extra sensorial. Y este canon es el lenguaje.

Desde hace mucho se le reconoce a la facultad mimética un cierto influjo sobre el lenguaje. Esto se hizo, empero, sin mayor fundamento, sin pensar seriamente en su significación y aún menos en la historia de la facultad mimética. Tales consideraciones quedaron ante todo estrechamente ligadas al ámbito más corriente, sensorial, de lo parecido. Con todo, el comportamiento imitador encontró desde siempre su lugar onomatopéutico en el proceso de formación del lenguaje. Ahora bien, si el lenguaje no es, como resulta evidente para el entendido, un sistema convenido de signos, entonces todo intento de acercamiento necesariamente nos remitirá a un pensamiento afin al de las más crudas y primitivas formas de interpretación onomatopéuticas. Queda por dilucidarse si una versión desarrollada y más precisa de dicho entendimiento es adaptable.

En otras palabras, ¿tiene acaso sentido la frase de Leonhard en su sugestivo texto «La palabra», al afirmar que «toda palabra —y la totalidad del lenguaje— es onomatopéutica»? La llave que hace transparente esta tesis se esconde en el concepto de semejanza extra sensorial. Si ordenamos palabras de lenguas diversas con idéntico significado, colocando en su centro lo que significan, podría investigarse de qué manera todas se asemejan a aque-

llo significado aunque a menudo nada las asemeja entre sí. Dicha concepción está por supuesto estrechamente emparentada con las teorías místicas y religiosas del lenguaje, sin por ello ser ajenas a la filología empírica. Es sabido además que las concepciones místicas del lenguaje no se contentan adoptando una postura sobre la palabra hablada, ocupándose igualmente de la palabra escrita. Y es digno de atención que al hacerlo, aclaran mejor la naturaleza de la semejanza extra sensorial gracias a la relación existente entre imagen escrita de palabras o letras con lo significado o lo que se deja nombrar, en comparación con los resultados del análisis fonético del lenguaje. Por lo tanto, la semejanza extra sensorial funda una trama, no tanto entre lo hablado y lo aludido, sino más bien entre lo escrito y lo aludido, como asimismo, entre lo hablado y lo escrito, y siempre de una manera completamente nueva, original e ineludible.

La más importante de estas tramas sería la última mencionada; la que se teje entre lo escrito y lo hablado, ya que es aquí donde la semejanza es menos sensible y a la vez más reciente. El intento de presentar su naturaleza propia no puede cristalizar sin echar un vistazo a la historia de su constitución, a pesar de estar hasta hoy cubierta por un impenetrable velo de oscuridad. La más flamante grafología nos ha enseñado a reconocer imágenes en los caracteres escritos, cuadros enigmáticos en los que se esconde el inconsciente del que escribe. Hay que suponer que la facultad mimética expresada en la actividad del que escribe, tuvo en los tiempos remotos cuando se gestó la escritura, una mayor significación. La escritura se convirtió, junto al lenguaje, en un archivo de semejanzas extra sensoriales, de correspondencias no sensibles.

Este aspecto mágico, digámoslo así, del lenguaje y de la escritura está relacionado a su otro aspecto: el semiótico. Todo lo que es mimético en el lenguaje es sobre todo una intención consolidada que sólo puede aparecer sobre algo ajeno: el fondo semiótico, comunicativo del lenguaje. De ahí que el texto literal de la escritura es el fondo exclusivo sobre el que puede formarse el cuadro enigmático. Y similarmente, el contexto de sentido contenido en la fonética de la frase, constituye el fondo desde donde, con un «Nu», se manifiesta la semejanza extra sensorial como un relámpago, a partir de un sonido. Dado que dicha semejanza extra sensorial hace sentir su efecto sobre toda lectura, se abre, en este profundo estrato, el acceso a la notable ambivalencia de la palabra lectura, en su significado tanto profano como mágico. El

alumno lee el abecedario mientras que el astrólogo lee el futuro en las estrellas. En el primer caso la lectura no acaba de desplegarse en sus dos componentes. Pero en el segundo, se hace patente el desdoblamiento en ambas capas: el astrólogo lee la constelación estelar en el cielo y, simultáneamente, en ella lee el futuro o el destino.

Ya que esta lectura de las estrellas, entrañas o coincidencias conformaba la lectura por antonomasia en los albores del tiempo, que enlazó con las runas, esa otra forma de leer, no será disparatado asumir que la facultad mimética, que fuera antaño el fundamento de la clarividencia, se inserta en el lenguaje y en la escritura a lo largo de miles de años de evolución, para convertirse en el más completo archivo de semejanzas extra sensoriales. Desde esta perspectiva el lenguaje se erige en la más elevada aplicación de la facultad mimética: un médium en el cual las capacidades de memoria por lo afín se conjugaron sin pérdida. Hasta el extremo de expresarse como médium en el que las cosas ya no se manifiestan y enfrentan directamente como antes en el espíritu del vidente o sacerdote, sino mutuamente en sus esencias, sustancias y aromas finísimos y fugaces. En otras palabras: en el transcurso de la historia, las arcaicas fuerzas de la videncia se instalaron en el lenguaje y la escritura.

El ritmo de velocidad de lectura o de escritura prácticamente indisolubles del mencionado proceso, sería entonces igual al esfuerzo invertido en aplicar el talento, ese espíritu mimético, sobre el lapso de tiempo en que las afinidades relampaguean fugazmente y vuelven a sumergirse en el flujo de las cosas. Es así que aun el leer profano, para no quedarse sin comprensión, nos transmite esta instrucción mágica: se requiere un ritmo necesario o, más bien, un instante crítico, que el lector debe tener a toda costa presente para no quedarse con las manos vacías.